

Amanece.

Odio despertarme, odio volver a este mundo de pesadilla. El sueño es descanso, mínimo, pero descanso. El sueño es escape. En el sueño, en mis sueños, no hay dragones, ni trasgos ni pobreza.

Me levanto. Miro hacia la ciudadela con la vana esperanza de que haya desaparecido durante la noche. Pero no, sigue ahí, el refugio de Njord el Dragón de las Siete Cabezas y de su guardia pretoriana de setecientos trasgos voladores.

No salen de la ciudadela desde hace seis meses. ¿Para qué iban a salir? En la mazmorra más profunda tienen recluida a la princesa Vignuss. Nadie en la ciudad osa oponérseles para no poner en peligro la vida de la princesa. Todos sus deseos se cumplen. Piden comida y se les entrega. Piden oro y se les entrega. Piden madera de los bosques y se les entrega. Piden cien doncellas vírgenes y... Hay cosas en las que es mejor no pensar.

Me levanto de mi lecho. Soy pobre, el duro suelo es mi cama y las estrellas mi manta. No tengo nada excepto a mí mismo, mis vestiduras y el Libro. Los habitantes de la ciudad me dan de comer. No es caridad. Mantienen la esperanza de que lo que dijo el oráculo de Íscalis sea verdad. Quieren creer que yo soy la prueba viviente, el vocero que algún día, tal vez hoy, les anunciará la noticia, que alguien se va a atrever a lanzarse sobre la ciudadela a matar a los trasgos y al dragón. Quieren creer que si me voy ya no habrá esperanza. Yo también quiero creerlo. Pero no puedo.

El pueblo empieza a vivir. La vida no se puede parar sólo porque un dragón y un puñado de trasgos tienen retenida a la princesa. Hay que trabajar, ganarse el pan que van a comer los hijos. Hoy es día de mercado y la mayoría de los puestos están montados desde antes del amanecer, ya se empieza a ver gente entre ellos curioseando, revolviendo, comprando, hablando, comentando los últimos movimientos de los trasgos en las murallas, preguntándose si continuará la incertidumbre de saber si seguirán vivos durante otro día, viviendo. Una vida miserable, pero vida al fin y al cabo.

Al fondo, en la explanada que se extiende al oeste del pueblo, los caballeros empiezan a salir de sus tiendas, como los zánganos que son. No se atreven a desafiar a la profecía, tal vez sea superstición, tal vez hastío... o tal vez sean tan cobardes que ni siquiera se atreven a aspirar a una muerte gloriosa mientras gritan el nombre de su dama. Llevan ahí meses, dedicados a la buena vida, comiendo, bebiendo y

divirtiéndose, sin entrenar sus armas para estar preparados para el día en que haya que batir a los trasgos, confiando ciegamente en la profecía de Íscalís, olvidando que para matar a un dragón hace falta algo más que una profecía favorable. Se han convertido en una panda de parásitos que esperan no se saben muy bien a qué, posiblemente a que se cumpla la mitad más fácil de la profecía, la que menciona al Libro, la menos peligrosa. Me recuerdan a los pretendientes de Penélope, dedicados a la buena vida esperando a que la viuda de Ulises decida quién será su próximo marido.

Como todas las mañanas, hoy también se acerca hacia mí un grupo numeroso de personas, aldeanos y caballeros mezclados sin ningún tipo de distinción entre ellos. Los primeros días, después de las cargas desesperadas y la muerte de los mejores caballeros, venían todos, habitantes del pueblo y caballeros, a preguntarme. Hoy apenas viene la mitad de los caballeros y pocos aldeanos. Yo soy su Penélope y no confían en que les vaya a responder pronto.

El grupo llega hasta mí y se detiene. Llegan, tristes los campesinos, riéndose los caballeros como si Njord no pudiera salir en un momento de su bastión causando la muerte y la destrucción entre todos nosotros. No me resultan agradables los caballeros, están demasiados acostumbrados a ser obedecidos y a no hacer nada personalmente, la mayoría de ellos no podría sobrevivir más de dos días en el bosque.

-Buenos días, Iluminado. ¿Has dormido bien esta noche en tu colchón de piedra? -se burla de mí el que parece su líder. No me gusta nada que me llamen Iluminado, yo no tengo la culpa de ser el portador de la verdad, pero mucho menos me gusta que me lo llame alguien por el que no siento ninguna simpatía.

-Buenos días, Helbert de Turow -le respondo-. No, no he dormido bien, durante toda la noche he temido que Njord saliera de su guarida y me devorara con cada una de sus siete cabezas. Pero supongo que tú no habrás tenido ese problema, ni lo tendrás nunca. Es fama que Njord jamás devora a los cobardes, se limita a dejar que sus trasgos le hagan el trabajo sucio.

Helbert de Turow me mira con furia no disimulada en sus ojos. Normalmente, en otras circunstancias, en este momento mi cabeza debería estar a tres metros de mi cuerpo y de mi cuello debería estar brotando un abundante géiser de sangre. Los ojos de Helbert de Turow me lanzan miradas de fuego y durante unos segundos temo que vaya a sacar su espada y a decapitarme. Pero no, yo tengo razón, es un cobarde. No se atreve a matarme por miedo a la reacción de los aldeanos.

Puede que sea un viejo, puede que yo sea pobre, puede que mi brazo sea ya débil, puede que no tenga nada ni a nadie, puede que mi vida no valga nada, puede que algún Njord me aplaste bajo una de sus enormes patas porque soy tan insignificante que ni siquiera me haya visto, puede que sus trasgos ni siquiera se molesten en patearme porque ni siquiera es divertido, puede que nadie llore el día de mi muerte,

puede que dentro de diez años nadie recuerde mi nombre ni todas las cosas buenas o malas que he hecho. Sí, puede que sea así, pero para los aldeanos soy la persona más importante del mundo porque soy un testimonio, el recuerdo viviente de que algún día se librarán de Njord, de sus trasgos y de esta banda de parásitos. No, si yo falleciera hoy, Helbert de Turow no volvería a ver otro amanecer. Y él lo sabe.

Helbert de Turow tiene suerte. Desde la ciudadela Njord lanza uno de sus rugidos a los que nos tiene acostumbrados, como para recordarnos que ha empezado un nuevo día y que tal vez ayer nos haya dejado vivir unas horas más, pero que dentro de un rato puede que cambie de opinión y salga de su fortaleza a demostrar quién es el que manda verdaderamente aquí. Todos miramos hacia la torre de la ciudadela con el temor invadiendo nuestros corazones, pero Njord no vuelve a decir nada.

Uno de los caballeros al que no conozco acude al rescate de Helbert, evitando que éste continúe haciendo el ridículo durante más tiempo allí parado sin saber qué contestarme. Como si desde que llegó el grupo no hubiera pasado nada, como si Helbert de Turow no hubiera sido insultado, como si Njord no hubiera dejado claro quién manda sobre nosotros, el rescatador de Helbert me dice:

-Señor, ¿tendríais la bondad de mirar el Libro y decirnos si está escrito en él el nombre de alguno de nosotros?

El tono de su voz es amable y obsequioso, ignoro si es porque no quiere que me enfade más todavía con ellos, porque quiere complacerme o porque él es así. Lo ignoró y me es totalmente indiferente la razón. Digo:

-¿Cuál es vuestro nombre, joven?

-Thomas de Grilbo, señor -me responde en el mismo tono de antes.

Decido que el joven es así, un luchador curtido en algunas batallas (no demasiadas) pero bisoño en el trato con las personas. Me preguntó por qué está aquí. No parece uno de esos pedigüenos. ¿Tendrá la esperanza de ser él el elegido para matar al dragón? Dudo que lleve aquí los seis meses de asedio (qué extraño, nosotros rodeamos la fortaleza del dragón pero parece que somos los asediados), la ropa está en demasiado buen estado y sus armas tienen un aspecto reluciente. No parece capaz de aguantar otros seis meses aquí, se irá antes.

Todavía estoy alterado por el incidente con Helbert de Turow, el pulso me late demasiado rápido y tengo ganas de descargar mi rabia sobre alguien, sobre el llamado Thomas de Grilbo por ejemplo, pero yo no soy Dios, no me corresponde a mí humillar a este joven como ya ha sido humillado Helbert, por lo menos no si no me ha dado un motivo. Le respondo en un tono ni demasiado altivo ni demasiado humilde:

-Sí, Thomas de Grilbo, miraré el Libro para vosotros.

No podía responder de otra forma, me da lo mismo lo que pase con los caballeros, pero yo también fui una vez como los aldeanos, me debo a ellos. Estos cobardes necesitan saber si alguno de ellos es el que matará al dragón y liberará a la princesa Vignuss, no quieren arriesgarse a intentarlo sin tener la confirmación de que van a tener éxito en su empresa. Miedo al fracaso.

Meto la mano entre mis ropas y saco un pequeño paquete envuelto de tela. Mientras expongo su contenido a la luz del sol me repito mentalmente la profecía de Íscalis por enésima vez: "El nombre de Aquel que ha de matar a Njord y liberar a la princesa Vignuss será leído en el Libro de El que Alumbra la Vida cuando aparezca, el día de la muerte del dragón". Y punto. Las profecías de Íscalis tienen la agradable costumbre de no ser oscuras y enrevesadas, pero ésta lo parece, por lo menos yo la interpreto de varias formas; ¿quién tiene que aparecer, "Aquel que ha de matar a Njord" o su nombre? ¿Aparecerán ambos el mismo día? ¿Matará al dragón cuando aparezca el nombre o aparecerá el nombre y vendrá después el caballero? ¿O tal vez morirá el dragón y después aparecerá su nombre en El Libro (destino cruel si es así porque ahora nadie va a la caza del monstruo)? Lo único que parece claro es que Njord ha de morir.

Llamarme El que Alumbra la Vida es una manera no demasiado sutil de llamarme El Iluminado, pero en este caso no voy a hacer nada. Con el oráculo de Íscalis no se discute, se le obedece.

Acabo de desenvolver el Libro y durante unos segundos lo sostengo entre mis manos, sin atreverme a abrirlo. Es un libro mágico, apenas treinta hojas de pergamino de pequeño tamaño encuadernadas artesanalmente en algún momento indeterminado del pasado. Excepto el lomo y lo que debería ser la portada, su interior está completamente en blanco; sin embargo a veces aparecen cosas escritas en sus páginas, todo está escrito en él, simplemente hay que saber leerlo. Y yo soy capaz de leerlo, el único capaz de leerlo, ignoro por qué. Cualquier otra persona que lo toque muere entre atroces sufrimientos antes de una hora. Ni siquiera pasando sus páginas con guantes o con un palo se escapa a su maldición. Cualquier otra persona que tenga contacto físico con él, muere. Sólo se puede ver sus páginas si yo lo abro y lo muestro a otra persona, lo cual no quiere decir que esa persona sea capaz de leerlo. Yo puedo ver las páginas del libro sagrado de los pechenegos, pero no puedo leerlo. ¿Cómo puedo leer un lenguaje que desconozco?

Pienso en todo eso durante unos momentos y a continuación abro el Libro a la vista de todos los caballeros y aldeanos. Lentamente voy pasando las páginas, una a una, buscando algún cambio, un indicio, escrito en alguna página el nombre del verdugo de Njord. Los caballeros también miran buscando con ansiedad sus propios nombres, aunque dudo que más de dos o tres de ellos sepan leer. Llego a la última hoja y cierro

el libro.

Nada.

Meneo tristemente la cabeza. Hoy tampoco ha aparecido cambio alguno. Hoy tampoco sabremos cuál es el nombre del verdugo de Njord. Envuelvo silenciosamente el Libro, avergonzado.

-Lo siento, hoy tampoco será -acuerdo a susurrar con la cabeza agachada, sintiendo vergüenza por no haber sido capaz, un día más, de anunciarles el nombre del héroe.

Nadie me reprocha nada, ni me insultan. A decir verdad, ni siquiera me hablan, lo cual no es un acto de desprecio, sino tal vez una muestra de que los zánganos, a pesar de su cobardía, también sienten la desesperación de que tampoco hoy ninguno de ellos saldría vivo de un enfrentamiento contra el dragón y su guardia y que por lo tanto no merece la pena combatir hoy. Tal vez no sean cobardes, tal vez sean pragmáticos.

Miro hacia las murallas de la ciudadela mientras caballeros y aldeanos se alejan arrastrando los pies. Los caballeros hablan sobre vagos planes de intentar asaltar el castillo la próxima semana aprovechando que habrá una noche sin luna. Palabras vacías que no comprometen a nada.

A pesar de la distancia hasta las murallas, veo que uno de los trasgos me mira desde una de las almenas. Me sonrío como si supiera de mi fracaso. Luego me señala con uno de sus dedos y mueve la mano como si se decapitara a sí mismo. Entiendo el gesto sin necesidad de que nadie me lo explique y un escalofrío recorre mi espina dorsal. "Te he elegido, antes o después serás mi presa".

Dos de los aldeanos permanecen cerca de mí, a apenas dos pasos. Uno de ellos me habla:

-Hugo... -titubea, parece que no sabe qué va a decir.

Carraspea y vuelve a empezar:

-Hugo, el pueblo no te responsabiliza, ya lo sabes. Tú no tienes la culpa de que Njord y sus trasgos estén aquí. Seguimos teniendo la esperanza de que Íscalís no esté equivocado, de que algún día abras el Libro y veas escrito en él algún nombre, el que sea, y que esa persona mate al dragón.

No respondo, no tengo nada que decir, los dos lo sabemos.

-Hugo, ya sabes que no nos gusta la violencia y que no somos guerreros, pero si quieres que hagamos algo respecto a Helbert de Turow...

Meneo tristemente la cabeza mientras miro al suelo y pienso en ese trasgo que me ha condenado. La profecía de Íscalis no dice que el día que Njord muera yo estaré vivo para verlo.

-No, Jim, no es necesario. Mañana lo habré olvidado.

Durante un momento casi lo creo. Jim me mira un momento y después asiente.

-Si necesitas algo, Hugo...

Muevo la cabeza afirmativamente. Después los dos aldeanos se giran y caminan hacia el pueblo. Apenas han dado diez pasos cuando les llamo.

-¡Jim!

Los dos hombres se dan la vuelta y me miran. En apenas un susurro y mirando otra vez al suelo, digo:

-Gracias.

Me miran durante dos segundos. Levantan una mano en señal de saludo y se van dejándome solo, una vez más.

Me siento en el suelo y medito durante unas horas, solo conmigo mismo y nadie más junto a mí. Pienso en la primera semana, cuando Njord llegó al pueblo arrasando el castillo y secuestrando a la princesa Vignuss la de los Ojos Verdes, cuando cientos de caballeros intentaron rescatarla y dejaron su vida en el intento.

Pienso en las docenas de buenos caballeros que cabalaron contra el dragón y cuyos huesos se ven esparcidos sobre el campo, y recuerdo: diaspar encomendándose a Santo Tomás Moro antes de desafiar al dragón; Cris cargando de frente sin miedo a la muerte; Txisko gritando que Cthulhu es cientos de veces más temible que Njord; Stockmann, genio y figura hasta en la hora de la muerte, derramando sal sobre su cabeza mientras el dragón lo devoraba ("dragón estúpido, así crudo estoy soso"); Antonio aguantando a pie firme el empuje de los trasgos, sabiendo que podría huir pero negándose a ser tachado de cobarde; Jean Mallart y Tony Brazil acosados por los trasgos, combatiendo espalda contra espalda mientras se acusaban mutuamente de haber hecho trampas en las cartas el día anterior; JordiD, confiando en que por tener nombre de matador de dragones saldría con vida; Dullock gritando contra el viento el nombre de su amada mientras caía bajo las espadas de los trasgos; OVNI llevándose por delante docenas de trasgos para que le señalaran el camino de descenso al averno, sabiendo que él lo seguiría en breves instantes... Docenas de caballeros, los mejores que jamás se hayan visto, muriendo en combate desesperado contra el dragón y sus

secuaces. Y ni siquiera habían hecho sangrar al dragón. ¿Y un hombre solo iba a poder vencerlo?

Observo cómo avanza sobre el suelo mi sombra hasta que siento la llamada del mercado. Incluso el ser más solitario del mundo tiene espíritu gregario. Me levanto y me dirijo al mercado, a pasear entre la gente, sin dirigirme a nadie pero sin rechazar ningún saludo.

Camino entre la gente, veo los puestos, de vez en cuando me paro delante de uno a observar la mercancía, pero no compro nada. No tengo dinero. A veces alguien me habla, ninguna referencia a la profecía en nuestra conversación. Estos aldeanos serán analfabetos e incultos, pero podrían darle lecciones de tacto y diplomacia a más de un emperador.

Durante una de esas conversaciones siento que alguien mete una mano en uno de mis bolsillos desde mi espalda. Cuando me vuelvo no veo a nadie que pueda haberlo hecho, a pesar de que hay bastante gente en la calle. En mi bolsillo hay un pedazo de pan. Los aldeanos cuidan de mí.

Sigo caminando entre la gente, sin tener en mente ningún destino en concreto, cuando algo llama mi atención a unos treinta pasos frente a mí. La calle está atestada de gente en toda su longitud, pero mientras por la parte de la que vengo continua el sonido del mercado y de las conversaciones, frente a mí se ha hecho el mayor de los silencios. Pronto se me hace evidente la razón: por el centro de la calle la gente ha abierto un pasillo y por él, cabalgando un soberbio alazán blanco, vistiendo una reluciente armadura de batalla, una capa roja ondeando al viento, con la cabeza erguida bajo el yelmo de metal, armado de una brillante y resplandeciente espada del mejor acero forjado y templado en las fraguas de Orendain, portando escudo y lanza de combate, majestuoso y orgulloso como el hijo de los dioses que parecía ser, avanzaba imponente un Caballero al que nunca había visto.

El silencio avanza por la calle como una ola que lo anega todo. Intento abrir la boca para decir algo, pero en ese momento la ola llega hasta mí. Es algo impresionante, siento que mi garganta enmudece. Y siento que mis piernas se desplazan por propia voluntad apartándome del centro de la estrecha calle, dejando paso al Caballero Desconocido que está a unos cuatro metros de mí. Miro hacia la dirección en que avanza el jinete y veo que la ola silenciadora continua su avance implacable. En apenas unos momentos toda la calle está silenciosa, mirando al caballero, apartándose para dejarle pasar.

El Caballero pasa a mi lado. Siento como si emanara una fuerza invisible de él, algo que tira de mí. ¿Será posible que sea él quien...? Pero no, el Libro no tenía escrito ningún nombre, no puede ser el matador del Njord.

Vuelvo a ser consciente de que mis piernas me desplazan. Yo, todo el pueblo, estamos siguiendo al caballero. Toda la masa de gente que ocupa la calle se desplaza detrás de él, en completo silencio. Si no fuera porque sé que no puede ser, diría que se dirige hacia las murallas de la ciudadela, diría que va a desafiar y matar al dragón. O a morir en el intento.

El Caballero continua cabalgando como si conociera el camino y sin inclinar la cabeza hacia la gente, ignorándonos, en completo silencio, él y nosotros. Tras una larga caminata salimos a campo abierto y llegamos a unos cien metros de las murallas. El caballero se para mientras mira al frente. Allí, tras él, está todo el pueblo; ignoro cuántas personas estarán allí, pero es una masa de gente increíble. Estamos todos, aldeanos y caballeros, que se han unido a nosotros al vernos avanzar en tan extraña procesión. Se han colocado cerca del Caballero, comparten profesión y aunque se sienten inferiores están más cercanos a él que nosotros, el pueblo llano.

El Caballero permanece sobre el caballo, majestuoso, mirando a las murallas de la ciudadela, como desafiando a sus habitantes. En las almenas se han juntado varias docenas de trasgos que nos miran curiosos, nunca se ha visto a todo el pueblo junto así, de tal forma. Me pregunto si entre ellos estará el que me amenazó.

Pasan varios minutos y nadie se mueve, ni caballeros, ni aldeanos, ni trasgos, ni nuestro presunto salvador. Me pregunto qué va a pasar.

De repente, sin previo aviso, el yelmo del caballero se gira hacia el grupo de los zánganos y hace un gesto que no entiendo. Varios caballeros, entre ellos Thomas de Grilbo, se adelantan corriendo y le ayudan a desmontar. El Caballero dice algo, pero estoy demasiado alejado y no oigo nada, pero veo que los caballeros se llevan el caballo, su lanza y su escudo. El Caballero se quita el yelmo y me siento desilusionado, no es un dios o por lo menos no parece un dios. Oigo su voz, alta y clara.

-¡Ciudadanos, busco a Hugo de Worms!

He oído claramente la frase, pero para mí es como si hablaran de otra persona. No hago más que mirar del Caballero a los trasgos y de los trasgos al Caballero. No sé qué me asombra más, el porte del Caballero o a los trasgos tan interesados en nosotros.

-¡Hugo de Worms, busco a Hugo de Worms!

Alguien me pone una mano en el hombro y me susurra que, por favor, me acerque al Caballero. Un pasillo se abre entre la gente frente a mí y siento que cientos de miradas se clavan en mi cuerpo, implorándome que no les falle, que sea él el elegido, el que nos salve a todos del dragón. Pero también saben que esta mañana su nombre no estaba en el libro.

Mientras me desplazo, la gente se ha movido y ha rodeado al Caballero formando un círculo. Llego hasta el centro del círculo que rodea al Caballero y me detengo a tres metros de él. Mientras me acercaba, éste se ha despojado de su armadura con la ayuda de los zánganos y el alma se me cae a los pies. Si armado tenía pocas posibilidades, sin protección alguna...

-Yo soy Hugo de Worms -digo.

El Caballero me mira, no hay nada en su mirada, ni odio, ni desafío, ni el conocimiento de que la muerte te está rondando, ni fuerza de voluntad. Nada.

-Mi nombre es Namor de la Casa de Arriba, Hijo de la Luna. He venido a matar al dragón.

Incluso el viento ha parado de soplar. Ni siquiera los trasgos se mueven, como compruebo al mirar hacia la muralla. Siento algo en el aire. Parece como si toda la población me estuviera pidiendo que abra el Libro y lea su nombre en él. Pero no me atrevo, tengo miedo de no ver su nombre.

Namor habla:

-He estado en Íscalis viendo al oráculo. Dice que el nombre del matador del dragón aparecerá en tu Libro el día en que éste ha de morir.

-Sí -susurro.

-¿Puedes mirar si mi nombre está en el Libro?

Ahora no puedo escapar. Me ha pedido que mire y que rompa las esperanzas de todas estas personas. Este joven no tiene ninguna oportunidad así, solo, sin protección alguna y con sólo la espada para atacar. Pero no tengo opción, me ha pedido que mire y, mal que nos pese a todos miraré.

Meto la mano entre la ropa y saco el envoltorio de trapos. Lentamente voy sacando a la luz el Libro y... ¿Y si es él? ¿Y si, por alguna de esas extrañas magias que pueblan este mundo, ha aparecido su nombre escrito en el libro? Mal que me pese, empiezo a creer que tal vez el fin de esta pesadilla esté cerca.

Abro el libro y con mirada ansiosa recorro sus páginas una a una, sin perder detalle. Cada vez que paso una hoja mi corazón se encoge un poco más. Hasta que llego a la última y...

Y nada.

No ha aparecido nada. Todas las páginas continúan en blanco, el Libro está igual que cuando lo guardé esta mañana. Decepcionado, apenas tengo fuerzas para decir:

-N-n-no aparece.

De entre la multitud se oye claramente cómo se escapa un gemido y empiezan a sonar gritos de lamento y conversaciones desesperadas. Sólo los caballeros no parecen afectados. No es él, la pesadilla va a continuar, ¿hasta cuando?

Pero Namor no está decepcionado, parece... ¿fastidiado? Mira hacia los trasgos, desenvaina la espada y la blande hacia ellos, amenazándolos. No me resigno a que éste sea el final, tiene que ser él quien nos libere del dragón, ¿o no? Vuelvo a pasar las páginas, buscando desesperadamente su nombre. Pero sigue sin aparecer. Estoy tan aturdido que ni siquiera oigo la pregunta que me hace, y sólo soy consciente de que me ha hablado porque, de repente, una ola de silencio se ha extendido sobre la multitud. Me quedo mirando a Namor, que no parece ni enfadado ni molesto, y me repite su pregunta.

Esta vez sí la he oído y comprendo el silencio que se ha hecho, pero soy incapaz de reaccionar, lo que me pide es demasiado increíble para ser verdad. Namor parece creer que no respondo porque no he entendido y vuelve a repetir su pregunta en voz claramente audible por toda la multitud:

-Hugo de Worms, poseedor del Libro en el que aparecerá el nombre del asesino del dragón Njord. ¿Puedes hacerme el favor de escribir mi nombre en ese Libro?

Ni siquiera respondo. Meto mi mano otra vez entre las ropas y saco un carboncillo. Lentamente, con mi mejor letra de copista, de forma limpia escribo en la primera página con letra perfectamente legible:

Namor, de la Casa de Arriba, Hijo de la Luna

Admiro mi bella y pulcra letra durante unos momentos, le enseño la página a Namor, que se limita a asentir y a murmurar "Está bien" y luego alzo el Libro sobre mi cabeza para que lo vea todo el mundo, girando sobre mí. Cuando doy la vuelta para encararme con Namor no lo veo.

Ante nuestro asombro y aunque parezca increíble, Namor está corriendo hacia las murallas, espada en mano, gritando, huracán desatado en medio de una tormenta.

Llega a la puerta, que se ha abierto como si los habitantes de la ciudadela no temieran su llegada, entra como una furia golpeando a los trasgos que le salen al paso, cortando cuellos, abriendo pechos, destrozando miembros, repartiendo muerte, recibiendo

tremendas heridas pero también causándolas. En apenas dos minutos se ha deshecho de más de doscientos trasgos.

En un momento determinado Namor desaparece entre el fragor del combate, dejando tras de sí docenas de trasgos muertos, la guardia pretoriana de Njord. Se sigue oyendo el ruido de combate, un rato después Njord ruge con toda la fuerza de sus siete gargantas. Más tarde se hace el silencio. Los habitantes del pueblo esperan expectantes.

Una hora después, por la puerta de la fortaleza aparece Namor caminando sobre los cadáveres de los trasgos. Lleva la espada envainada a la cintura, en uno de sus brazos se apoya la princesa Vignuss. En la otra mano porta una de las cabezas de Njord. Todo el pueblo grita de alegría.

Miro el Libro. No hay nada escrito en él, el nombre del asesino de Njord se ha borrado.